

Alegría en la vida diaria

Rebeca Reynaud

Al pueblo judío Dios les dio una tierra, profetas, reyes, los acompañó durante su estancia en el desierto. Y no fueron fieles a la alianza. A nosotros Dios nos ha dado eso y más, y ¿estamos alegres o estamos quejicas? Hay que experimentar que Dios nos ama, que está cerca. Decía un poeta: "Se me fue mi amigo con quien tanto quería". Necesitamos estar con Alguien. Queremos alguien a quien hablar, a quien comunicar lo más profundo de nuestro ser.

El mejor modo de servir a Dios es con alegría. Si hay algo de negativismo en nuestra vida, es señal de no estar en el camino adecuado. Hay almas que se quejan continuamente; eso supone no comprender la Encarnación del Hijo de Dios. Dios da una alegría que no da el mundo.

Jesucristo nos enseña: "en el mundo tendréis tribulaciones pero yo he vencido al mundo": Estamos con él. Ese es el secreto de la alegría. Si no estoy contento, ¿estoy realmente con Él?

Refiriéndose a los cristianos, Paul Claudel decía: "enséñales que su única obligación es la alegría", porque un testimonio dado con amargura, no sirve.

Si estamos tristes y nos preguntamos ¿por qué? encontraremos siempre un foco de soberbia. A veces estamos atados a faltas de fraternidad, a egoísmos o rencores. La solución a muchas faltas de fraternidad es la corrección fraterna, pero no la hacemos quizás por comodidad o por cobardía. Hay que dejar que Dios nos desate.

En el siglo XXI Stephan Covey dice algo parecido: "El 10% de la vida está relacionada con lo que te pasa; el 90%, con la forma en como reaccionas".

Un profesor de la Universidad de Navarra, Juan Chapa, decía: una diferencia notable entre los Evangelios canónicos y los apócrifos es que en los apócrifos no se menciona la Cruz. Nosotros, hay que abrazar amorosamente la cruz. La aceptación rendida a la voluntad de Dios trae la paz y la alegría. A veces puede haber desánimo porque las cosas no salieron como quería, porque la enfermedad me hace sufrir, porque me invade la debilidad física o moral. Entonces, cuando falta humildad la carga se nos hace insoportable.

Una persona que confía en Dios sólo busca su Reino, y sabe que lo demás vendrá por añadidura.

Cicerón escribió en el año 45 a .C.: "Nadie envejece sólo por vivir un número de años; la gente envejece al abandonar sus ideales; los años arrugan el rostro pero perder el entusiasmo arruga el alma.

Hay que aprender a alegrarse con sencillez de las innumerables ocasiones de dicha que el Creador ha puesto en nuestro camino: las maravillas del universo, la amistad, las virtudes de los demás, la satisfacción del trabajo bien hecho, la alegría del sacrificio...

Hay que experimentar que Dios nos ama, que está cerca. Qué importante es dejarnos acariciar por Dios. Paladear lo que es estar con Dios, lo que es nuestra vocación. Señor: Tú quieres que estemos contentos. Razones para quejarse hay abundantes, pero como cristianos tenemos una razón para estar contentos: que Dios está con nosotros. "Alegraos en el Señor", dice San Pablo, "alegraos". La alegría es el factor que integra lo demás.

Hay tristeza en el que tiene avaricia o envidia, si la hay, hay que descubrirla porque sin alegría no se puede vivir. "Si cortas de raíz cualquier asomo de envidia, y si te gozas sinceramente con los éxitos de los demás, no perderás la alegría". (Surco, n. 93).

Cuando estamos tristes encontraremos siempre un foco de soberbia. La aceptación rendida a la voluntad de Dios trae la paz y la alegría. En cambio, cuando falta humildad la carga se nos hace insostenible.

Alguna puede pensar: "No soy feliz porque no hago lo que quiero...". Apostarle a algo más alto. Enamorarnos de lo que nos debemos de enamorar. A veces vamos en busca de la solución de nuestros problemas y dejamos en segundo lugar la fe y la confianza en Dios.

Jacques Philippe escribe: Nadie ha sido hecho para llevar una vida apagada, estrecha o constreñida a un espacio reducido, sino para "vivir a sus anchas". Nuestra falta de libertad proviene de nuestra falta de amor: nos creemos víctimas de un contexto poco favorable cuando el problema real se encuentra en nosotros. Es nuestro corazón el prisionero de sus miedos o de su egoísmo; es él el que debe de cambiar y aprender a amar. Y hay que comprender también una cosa importante: nuestra incapacidad de amar proviene muchas veces de nuestra falta de fe y esperanza. (Cfr. La libertad interior, Jacques Philippe, Patmos, Madrid 2004).

A un taxista le conté lo que acababa de leer que las virtudes que dan alegría a las obras no son las humanas, sino la fe, la esperanza y la caridad. Me comentó: —¡Ah! Qué cosas dice usted.

“Una persona alegre obra el bien, gusta de las cosas buenas y agrada a Dios. En cambio, el triste siempre obra el mal” (PASTOR DE HERMAS, Mand. 10, 1).

La Virgen vivió la alegría más grande que puede vivir una criatura; ella nos guiará a la intimidad con su Hijo.